

Paidós Orígenes

Últimos títulos publicados

21. J. Flori, *Caballeros y caballería en la Edad Media*
22. L.-J. Calvet, *Historia de la escritura*
23. W. Treadglod, *Breve historia de Bizancio*
24. K. Armstrong, *Una historia de Dios*
25. E. Bresciani, *A orillas del Nilo*
26. G. Chaliand y J.-P. Rageau, *Atlas de los imperios. De Babilonia a la Rusia soviética*
27. J.-P. Vernant, *El individuo, la muerte y el amor en la antigua Grecia*
28. G. S. Kirk, *La naturaleza de los mitos griegos*
29. P. Vernant y P. Vidal-Naquet, *Mito y tragedia en la Grecia antigua. Vol. 1*
30. P. Vernant y P. Vidal-Naquet, *Mito y tragedia en la Grecia antigua. Vol. 2*
31. I. Mereu, *Historia de la intolerancia en Europa*
32. P. Burke, *Historia social del conocimiento*
33. G. Leick, *Mesopotamia. La invención de la ciudad*
34. J. Sellier, *Atlas de los pueblos del Asia meridional y oriental*
35. D. C. Lindberg, *Los inicios de la ciencia occidental*
36. D. I. Kertzer y M. Barbagli (comps.), *La vida familiar a principios de la Era Moderna (1500-1789). Hª familia europea vol. 1.*
37. D. I. Kertzer y M. Barbagli (comps.), *La vida familiar en el siglo XX. Hª familia europea vol. 2.*
38. D. I. Kertzer y M. Barbagli (comps.), *La vida familiar en el siglo XX. Hª familia europea vol. 3.*
39. J. M. Bloom y S. S. Blair, *Islam*
40. J. Dugast, *La vida cultural en Europa entre los s. XIX y XX*
41. J. Brotton, *El bazar del Renacimiento*
42. J. Le Goff, *En busca de la Edad Media*
43. T. Dutour, *La ciudad medieval*
44. D. Buisseret, *La revolución cartográfica en Europa 1400-1700*
45. F. Seibt, *La fundación de Europa*
46. M. Restall, *Los siete mitos de la conquista española*
47. P. Grimal, *Historia de Roma*
48. J. Sellier, *Atlas de los pueblos de África*
49. J. Le Goff y N. Truong, *Una historia del cuerpo en la Edad Media*
50. A. Kenny, *Breve historia de la filosofía occidental*
51. R. Mankiewicz, *Historia de las matemáticas*
52. P. Leveque, *El mundo helenístico*
53. P. Burke, *¿Qué es la historia cultural?*

PIERRE GRIMAL

HISTORIA DE ROMA

2006


PAIDÓS
Buenos Aires
Barcelona
México

Capítulo 1

La aldea de los primeros tiempos

En nuestros días, después de subir las cuestas del Palatino y atravesar el caos de ruinas de lo que un día fue el palacio de los emperadores romanos, se llega a una angosta plataforma que domina el valle del Tíber. Ésta, antiguamente cubierta por tierra que traían las lluvias y por toda clase de desechos, hoy está despejada, y en el suelo aparecen los vestigios de una singular aldea que se levantaba en este lugar hace casi tres mil años. Esta aldea, que quizá comprendiera unas decenas de modestas cabañas hechas con ramas entrelazadas y sostenidas por postes de madera, es todo lo que queda de la Roma más antigua.

A los romanos, orgullosos de sus orígenes, les gustaba contar que su primer rey había fundado la ciudad en aquel lugar. A ese rey lo llamaban Rómulo. Fue el primer romano. Había sido educado en aquella misma colina por un pastor, el buen Fáustulo, que lo había recogido, junto a Remo, su hermano gemelo, cuando no eran más que dos recién nacidos abandonados en una cesta de mimbre, que el río, en plena crecida, había llevado hasta los pies del Palatino.

Y es que Rómulo y Remo eran de origen real. Eran hijos de la sobrina del rey de Alba. Los había tenido, según se decía, con

el propio Marte, pero el rey temía que aquellos niños lo destronaran algún día. Así es que los hizo abandonar al borde del río, convencido de que el frío, la falta de cuidados y el agua darían buena cuenta de esos dos inquietantes sobrinos. Pero no había contado con la voluntad de los dioses. La cuna flotante quedó varada a orillas del río en una zona seca; una loba, el animal de Marte, se recostó junto a los niños, los calentó con su calor y los alimentó con su leche. Finalmente, habían sido recogidos por Fáustulo, quien los había llevado a su cabaña. Los trató como si fueran sus propios hijos y, como quiera que sospechaba su origen, terminó desvelándoles el secreto de su nacimiento.

Cuando Rómulo y Remo se hicieron mayores y fuertes, destronaron a su tío-abuelo, lo sustituyeron por su abuelo y volvieron al país de su infancia con la intención de crear un reino. Decidieron fundar sobre el Palatino una ciudad que llamarían Roma. Pero los hermanos no tardaron en pelearse y, para reinar solo —o quizá simplemente porque Remo se había burlado de él—, Rómulo mató a su hermano.

Desde lo alto del Palatino, donde Rómulo había fundado su ciudad, se divisa una larga colina sobre la que antaño se levantaba la ciudad de Alba. Se perfila en el horizonte, sobre la llanura del Lacio. Aún más lejos están las primeras cumbres de los Apeninos, que en esta zona reciben el nombre de montes Sabinos, cuyas líneas azuladas, a menudo esfumadas por la bruma, se confunden con el cielo. A la derecha, el amplio valle del Tíber desciende lentamente hacia el mar. Tras la región de Alba está el mar, en el que los romanos situaban el origen lejano de su raza. Para ellos, los reyes de Alba, ancestros de Rómulo, descendían de Eneas, que un día había llegado a la costa, al mando de una flota numerosa, cerca de la desembocadura del Tíber,

donde yacen hoy en día las ruinas de la ciudad de Ostia. Eneas se había escapado de Troya, la rica ciudad frigia que había sucumbido, tras un asedio de diez años, a los ataques de los griegos. Eneas y sus compañeros eran casi los únicos supervivientes de esta epopeya, cuya gloria había colmado todo el mundo mediterráneo varios siglos antes de la fundación de Roma. Además de su fama, habían traído a Italia central los rudimentos de su brillante civilización asiática. Por primera vez se habían visto en el Lacio tejidos bordados y teñidos de púrpura, joyas de oro y magníficas armas. También era la primera vez que se conocían leyes, jefes más obedecidos que temidos, y los hombres habían aprendido a buscar refugio detrás de las murallas con tal de llevar una vida tranquila. De modo que, aunque su ciudad no había sido, en un principio, más que una modesta aldea, los romanos no tenían en absoluto la sensación de ser «arribistas». Se consideraban más bien los descendientes venidos a menos, y esto último no hacía sino conferirles mayor mérito, de una antigua nobleza. ¡Acaso no había sido elegido Eneas para perpetuar la raza, entre todos los troyanos, por haber demostrado siempre una singular «piedad», obedecido las órdenes de los dioses, arriesgado su vida con tal de salvar a su padre Anquises de las llamas de Troya el día de la toma de la ciudad, dejado de lado sus riquezas y llevado consigo en cambio las estatuas de sus dioses familiares! El recuerdo de Eneas, el prestigio de sus virtudes, borraban la mancha del fratricidio de Rómulo, que había ensangrentado el nacimiento de la ciudad.

Rómulo había elegido para fundar Roma un lugar casi desierto. Toda la región y sus alrededores estaban cubiertos de bosques. En los claros pastaban los rebaños. A uno y otro lado

se levantaban sobre las colinas aldeas parecidas a las del Palatino. En los valles, los pantanos dificultaban el tránsito. El Palatino estaba rodeado de pantanos. En cuanto al río, la menor crecida inundaba la ribera y llenaba los dos vallejitos que rodeaban la colina de agua amarillenta. Los torrentes que, de ordinario, ocupaban su fondo quedaban entonces bloqueados y se distribuían por capas profundas. Ya no se podía acceder al pueblo más que por una estrecha «senda», que lo conectaba con las demás colinas, hacia el este. Estas condiciones en sí muy apreciables, puesto que garantizaban una defensa cómoda, parecían vetar a Roma un gran destino: ¿cómo podría una auténtica ciudad establecerse en un lugar tan incómodo?; ¿cuántas obras serían necesarias para secar estos bajos fondos insalubres, inhabitables, en los que pululaba la fiebre? Poca tierra cultivable en los alrededores, nada de caminos y la cercanía de un río rápido, difícil de atravesar y cuya otra orilla estaba ocupada por un pueblo enemigo.

Al norte del Tíber empezaba el país etrusco. Hoy en día, apenas sabemos quiénes fueron los etruscos o, mejor dicho, los encontramos instalados en la Italia central, hacia la época de la fundación de Roma, pero no sabemos de dónde procedían. Era un pueblo extraño, que dejó una profunda huella en tierras italianas. Para nosotros, es sobre todo el pueblo que construyó magníficas tumbas, que encontramos en inmensas necrópolis desde Florencia hasta Tarquino, a las puertas de Roma. En estas necrópolis, aquel pueblo dejó las imágenes de lo que era su vida: sus juegos, en los que concurrían sus atletas pero también eran sacrificados los prisioneros de guerra para honrar el alma de los muertos, sus festines, sus danzas, sus ritos sagrados. A menudo, el interior de las tumbas etruscas está dispuesto como las casas de los vivos. Los cadáveres se tendían sobre ca-

mas parecidas a las que se empleaban para dormir; bajo la cama, las sandalias, esperando el despertar del durmiente. Junto al cadáver de una mujer se depositaban joyas, o bien el soplillo que usaba para atizar el fogón familiar. Más allá, sobre la tapa de los sarcófagos, se ve al muerto y a su mujer, tumbados, como sobre un triclinio, para un banquete eterno. Todo ello nos habla de un pueblo alegre, vivaz, enamorado de la vida y de sus placeres, y que no se resignaba a renunciar para siempre a la luz y la felicidad de la tierra.

La muerte para ellos estaba repleta de fantasmas, de tormentos. En las paredes de ciertas tumbas hay pinturas que nos muestran a demonios de los infiernos con el pico punzante, las garras afiladas, alas de rapaces nocturnas, máscaras expresivas; todo lo que esperaba al condenado. Así es que mientras vivían, los etruscos se afanaban en rezar a los dioses a fin de merecer con su piedad las recompensas del Más allá. Cada ciudad etrusca contaba con varios templos que se levantaban sobre montículos. Desde allí, el dios o la diosa bendecía a los vivos. Los sacerdotes celebraban muchas ceremonias para contar con el favor de las potencias celestes. Los adivinos estudiaban al detalle los menores signos que aparecían en el cielo; seguían con atención el vuelo de los pájaros; dependiendo de si los veían por la derecha o por la izquierda, hacia el norte o hacia el sur, o de si los cuervos, o los buitres, volaban en bandadas o solos, cambiaba el presagio. También sabían descifrar las entrañas de las víctimas que se sacrificaban ante los altares; conocían las reglas para interpretar la forma o el color del hígado de un toro destripado y eran capaces de saber lo que significaba un nacimiento monstruoso, una vaca de dos cabezas, un cordero con cinco patas o una tormenta fuera de temporada, todo lo que se salía de lo normal y debía ser, por tanto, considerado como un «signo».

El prestigio de los adivinos etruscos y de sus dioses era muy grande en toda la Italia central. Y es que los etruscos sabían construir templos magníficos y crear imágenes sagradas tan bellas, rostros tan impregnados de majestad, que su poder saltaba a la vista. En cuanto Roma hubo crecido un poco, sus habitantes quisieron tener estatuas de esa clase y se las encargaron a artistas etruscos. Así es que el primer ídolo de Júpiter, dios supremo de Roma, fue una gran estatua de barro cocido, moteada de vivos colores: su rostro estaba pintado de un ocre rojo, su vestimenta, un manto púrpura bordado con hojas de oro. Este Júpiter ofrecía un aspecto imponente sobre el Capitolio, donde fue instalado. También los templos construidos en esta misma época estaban decorados con placas de tierra cocida y pintada; el reborde de los techos estaba provisto de grandes tejas con forma de palmeta y sobre la techumbre se disponían demonios y dioses cuya silueta se recortaba sobre un fondo de cielo.

No eran los etruscos quienes habían inventado todas estas maravillas; los modelos que habían imitado estaban en Asia, de donde acaso provinieran también algunos etruscos; además, seguían manteniendo un comercio activo con las regiones más lejanas del Mediterráneo oriental. Los barcos de mercaderes de Mileto o Focea viajaban hasta Etruria; transportaban objetos de arte, vasijas pintadas, tal y como se fabricaban en su país, joyas, estatuillas, vino y aceite, y regresaban a Oriente cargados de minerales, bronce, plomo, de los que había grandes cantidades en las minas de Etruria. Los puertos etruscos de esa región, que más adelante recibirá el nombre de «Toscana», eran ventanas abiertas al exterior. Gracias a sus vecinos etruscos, Roma no estaba aislada del mundo. Las artes, las ideas e incluso los dioses de Grecia y de Oriente llegaban a Roma cuando aún no era más que una insignificante aldea.

Capítulo 2

La época de los reyes

El fundador de una ciudad no podía menos que ser su rey, y por eso Roma estuvo en sus inicios sometida a reyes. Había reyes en Alba, y, en la región no se conocían otras formas de gobierno. El rey no era un personaje cualquiera, llamado al trono por casualidad y mantenido en él sólo por el consentimiento de sus súbditos. Era designado por los dioses. Es más, era la viva imagen del gran dios de la ciudad, ese Júpiter que reina en el Capitolio, una de las colinas cercanas al Palatino. El poder del rey no era más que el reflejo de la omnipotencia de Júpiter, de modo que no debe sorprender que, una vez desaparecido del mundo de los vivos, Rómulo fuera considerado un dios. En efecto, nunca se lo había visto como a un mortal del todo ordinario. Es cierto que era hijo de Marte y que, por el lado de su madre, estaba emparentado con Venus, pero muchos de sus sucesores, de menor linaje, fueron admitidos en la familia de los Inmortales. Numa, quien lo sucedió, tenía por costumbre conversar por la noche con una ninfa de una fuente cercana de la ciudad. Esta ninfa se llamaba Egeria y le daba excelentes consejos; también se cuenta que le dictó todas las reformas religiosas que proyectó y llevó a cabo. Ésa es una de las